



MADAME BUTTERFLY

QUIERE DINERITO

Por CARMEN VAZQUEZ - VIGO

«El semanario «Asahi Geino» ha realizado en la capital japonesa una encuesta con el fin de conocer los motivos que, en mayor número, llevan a las jóvenes de aquella nacionalidad al matrimonio. Fueron entrevistadas 2.340 muchachas y el noventa por ciento ha contestado que lo que las impulsa a cambiar de estado es el dinero y que la posición económica es la cualidad que más las atrae a la hora de escoger esposo.»

E LA MUERTE”



TAMBIEN
LOS
AUTOMOVILES
PUEDEN
SER
FEMENINOS

LOS fabricantes de coches han pensado en nosotras. Saben que vamos siendo cada vez mejores clientes, que nos aprendemos muy requelebién el Código de la Circulación y que, cuando resultamos conductoras de clase, lo somos mejores que los conductores masculinos. (No se trata de abrir polémicas, pero esto lo hemos oído decir a un ingeniero examinador de Madrid. Parece ser que ganamos en prudencia a los caballeros.)

En el Salón del Automóvil que estos días está abierto al público en París, se exhiben modelos provistos de detalles utilísimos para las mujeres. Entre ellos, lugar especial para guardar los zapatos —y así poderlos cambiar dentro del coche por otros más cómodos— y espejos por todas partes. ¡Con tal que resistamos la tentación de mirarnos a cada momento y no perdamos de vista la carretera!



SIGUE



MADAME BUTTERFLY QUIERE DINERITO

chacha sin medios de fortuna personales y sin preparación para procurárselos por sí misma? En el matrimonio buscaba, sobre todo, la manera de «colocarse», de «recogerse», de encontrar la persona que fuera para el resto de su vida lo que hasta entonces habían sido papá y mamá: los dispensadores del alimento, de la seguridad.

Ahora, las mujeres somos cada vez más capaces de mantenernos por nuestros propios medios. Y ser libres económicamente, sirve para serlo sentimentalmente.

A los que se lamentan de la creciente actividad de la mujer en la sociedad, de su deseo de tomar parte en el trabajo común, habría que recordarles que a esto, proclámente, deben el estar seguros de que

esa misma mujer se casa con ellos por amor y nada más que por amor. ¿Cuántos hombres, en otro siglo, podían tener esta seguridad?

Encuestas similares a la llevada a cabo por el semanario japonés se han realizado últimamente en varios países occidentales. En todas ha salido triunfador el sentimiento. Los matrimonios por conveniencia casi no existen. Y esto, que podría parecer una paradoja, en tiempos tachados de incrédulos y materialistas, no lo es en absoluto. Las muchachas de hoy saben que la vida es dura, que nadie tiene derecho a esperarlo todo de los demás; que un marido, por lo tanto, no es un ser obligado a trabajar veinticuatro horas diarias para que ella pueda recibir a sus ami-

será feliz a su lado lo mismo en una destarrelada pensión que en un cuarto alquilado «con derecho a cocina».

Esta muchacha ha sabido inventar un cuento mucho más bonito que el de la Cenicienta. O, mejor dicho, le ha dado la vuelta a ésta, tan famoso. Ya no son sólo los príncipes quienes se casan con las pobres chicas. Ahora también hay princesas que se casan con fotógrafos y riquísimas «ladies» que escogen a pescadores corsos. Y ahí están, tan contentas, viviendo unos romances que las mujeres de otra época no podían conocer, como parece que las japonesas de ahora no quieren conocer.

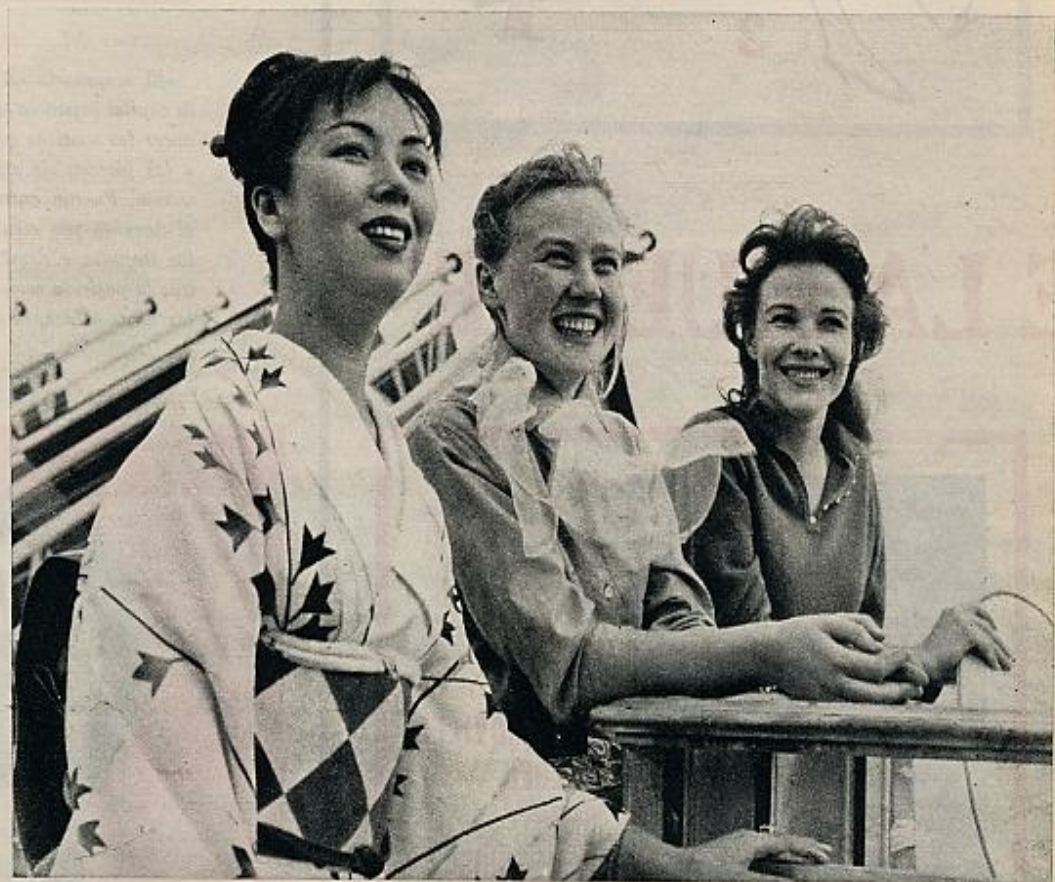
¿Qué les habrá pasado? ¿No podrán arrancarse de la memoria el

ESTA noticia, recogida de la prensa de estos días, nos ha dejado profundamente doloridas. Creíamos que nuestras congéneres del Japón habían sufrido durante siglos la tremenda esclavitud de ser sometidas al matrimonio por conveniencia de la familia y que, una vez asimiladas a la vida moderna por el cambio de costumbres operado en todo el mundo después de la guerra, se sentirían contentísimas de poder casarse con el hombre a quien quisieran, sin importarles ni poco ni mucho lo que ganara. Pero, por lo visto, no es así. Las tiernas geishas capaces de morir por amor, como uno de los personajes de «Sayonara», como Madame Butterfly, no deben ser más que figuras nacidas de la poética imaginación de escritores idealistas. En la realidad no suspiran, no cantan arias quejumbrosas en espera del amado, no se clavan un cuchillo como remedio a contrariedades sentimentales. Calculan fríamente los ingresos del futuro marido y cambian gustosas todo un probable éxtasis amoroso por un seguro porvenir embellecido por bienes inmuebles y bonos del Estado.

Es una pena. Una desilusión. Porque si para algo nos ha servido que las cosas cambiaran respecto a nosotras, las mujeres, es para adquirir la libertad de dar el paso más importante de nuestra vida, el matrimonio, sin tener que obedecer a razones de conveniencia.

Una de las circunstancias más tristes para una mujer, en tiempos pasados, era la de verse obligada a casarse para que alguien la mantuviese.

¿Qué iba a hacer, si no, una mu-



Las muchachas del Japón han cambiado. Un símbolo de su evolución nos lo ofrecen sus estrellas. (En la foto, Machiko Kyo.)

NOTICIA QUE ALEGRARA A LAS MAMAS

«Los Titeres», teatro de Juventudes, inicia su temporada madrileña el próximo domingo día 4 de noviembre con «La cabeza del dragón», de Valle-Inclán, en el teatro María Guerrero. Esta novedad ha de significar una alegría para las madres, que tan pocos espectáculos encontramos a la hora de buscar uno apropiado para llevar a nuestros pequeños. Los que presentan «Los Titeres» son siempre de gran calidad, especialmente adaptados a la mentalidad infantil y pensados para divertirlos y contribuir, al mismo tiempo, a su formación.

Las funciones tendrán lugar todos los sábados y domingos, a las 4 de la tarde, y podemos asegurar que no sólo los chicos, sino los mayores que les acompañen, pasarán un rato muy agradable.

gas y pasarse las horas muertas jugando a las cartas y comiendo pasteles. Es algo mucho más importante: el hombre que va a darle una familia, unos hijos. Que va a acompañarla siempre, que la va a reconfortar con su presencia, con su cariño.

A esta muchacha no le importa que, en el momento de casarse, su armario no encierre doce sábanas de hilo y otros tantos manteles bordados, ni que su futuro hogar carezca de salón «para recibir» con doncella almidonada dentro. Se ha dejado llevar por lo que su marido es, no por lo que tiene. Y

recuerdo de Madame Butterfly? Quizá se digan: «De amor, nada. Te lo pasas suspirando y esperando que aparezca un hilo de humo sobre el horizonte y luego resulta que no te hacen ni caso. Nosotras, pliso, visión, y fuera sentimentalismos».

Con permiso, nos parece que están equivocadas. Ni todos los hombres son unos taimadillos como el Pinkerton de la historia, ni merece la pena hipotecar la vida jugándose a un abrigo de visión, aunque llegue hasta el suelo y sea color palomino. La carta del corazón, dígame lo que se diga, sigue siendo la buena.